Hasta mañana, si no me muero mientras duermo

Javier Raya Demidoff

Capítulo 1

Hasta mañana, si no me muero mientras duermo

Mi abuelo era como creo que son la mayoría de los abuelos. Sonriente pese a los achaques, amable pese a añorar los modales de sus tiempos, curioso de la actualidad pese a una memoria en retirada. Pero, para mí, lo más singular era su forma de darnos las buenas noches.

—Hasta mañana, si no me muero mientras duermo.

Poco importaba que esa noche se retirara de una cena entre risas, o en mitad de una película de llorar a moco tendido. Desde que, al fallecer la abuela, se vino a vivir con nosotros, nunca dejó de emplear esa frase. Al principio despertó nuestras protestas más airadas.

—¡Por Dios, abuelo, no digas eso! ¡Qué ganas de amargarnos la noche!

Él se encogía de hombros, me guiñaba un ojo con expresión traviesa y se encaminaba hacia su habitación canturreando algo que nunca identifiqué.

A la mañana siguiente, lo encontrabas en la cocina, con un café recién hecho y el diario a medio leer. Era el primero en despertarse. Dormía poco, como la mayoría de los abuelos.

—Buenos días. Sigo vivo —saludaba, con la misma sonrisa de pillo.

Yo me iba al colegio, mis padres al trabajo y mi hermana a la universidad. Nos reuníamos al cabo del día, en esas cenas en las que repasábamos lo más destacable de nuestra jornada. Papá y mamá no entraban en detalles sobre su actividad concreta en el banco o el hospital, pero siempre compartían anécdotas, o conversaciones con algún compañero en las que habían puesto el mundo patas arriba. Marina, por su lado, se quejaba de algún profesor insoportable o de una asignatura absurda que, según ella, no debería existir. En mi turno de palabra, la lección de Historia o de Lengua solía abrir un debate en el que todos aportaban su opinión, y yo me sentía importante por haber traído esos temas a la mesa.

Pero las historias que el abuelo traía a nuestro encuentro verpertino poco a poco arrinconaron las nuestras. Resultaban tan variopintas, y en ocasiones tan grotescas, que nuestros resúmenes se convirtieron en poco más que titulares, porque a todos nos interesaba saber qué había hecho o visto el abuelo aquel día. Y queríamos saberlo con detalle, sin que su hora de irse a dormir nos dejara a medias.

—Hoy he hecho de chico de los recados —contó en una de esas ocasiones,

mientras rebañaba unas natillas con la avidez de un niño.

—¿Que has hecho qué? —preguntó mamá con ojos recriminadores.

—Eugenia, la del colmado, tenía a Manu haciendo alguna entrega. Y estaba nerviosa porque una clienta esperaba unas sardinas para antes de las doce.

—¿Y has llevado tú esas sardinas? —adivinó Marina, entre risas.

—No tenía nada urgente que hacer —confirmó el abuelo, apurando la cuchara—. Por lo visto, tengo aspecto inofensivo y de fiar. Estaban ya pagadas, así que no había mucho compromiso, salvo que me escapara con ellas y dejara a esa clienta sin comer. Pero eso estaría muy feo.

—¿Y te has plantado en casa de esa señora con una bolsa de sardinas de parte del colmado? —Mamá había dejado su fruta a medio pelar, entre intrigada y violenta.

—Al principio se ha sorprendido.

—¡Me lo imagino! —saltó mamá.

—Pero me lo ha agradecido, porque tenía que limpiarlas bien antes de enharinarlas y freírlas, y el estudiante que vive con ella apenas para en casa una hora al mediodía. Es una anciana encantadora, qué pena que le cueste tanto caminar.

Para mi abuelo, el resto de los ancianos eran unos viejos. Él no. No se incluía entre ellos. Pero era consciente de su edad avanzada y se aseguraba cada noche de que lo tuviéramos presente:

—Una cena estupenda, Maite. Sobre todo las natillas. Bueno, hasta mañana, si no me muero mientras duermo.

Marina y yo nos mirábamos aguantando la risa. No sabíamos qué le fastidiaba más a mamá, si esa frase macabra de cada noche o el elogio a un postre envasado, de supermercado, por encima de las tortillas francesas y las judías verdes hechas con tanto mimo.

Cada noche nos enterábamos de alguna extravagancia parecida, si no peor.

Hizo de «manitas» para una chica con la que coincidió en una ferretería y que no sabía de la existencia de los tornillos autorroscantes para madera; le colocó unos estantes para zapatos y se dejó invitar a un café que «estaba tan rico como la muchacha», según nos contó para mayor

indignación de mi madre.

En otra ocasión, tras una visita al huerto urbano de al lado de casa, organizó una competición floral entre cuatro o cinco más, de distintos barrios, que trajo de cabeza varios meses a unas veinte o treinta familias y a la que consiguió que asistiera el concejal de Cultura y Deportes para oficiar una entrega de premios —unos trofeos que no me quedó claro cómo consiguió, ni de dónde—.

También medió entre algunos viudos y viudas con los que coincidía en la cafetería, emparejándolos para que se cuidasen mutuamente. «Sin una pareja a la que agradar, te vas abandonando, y eso es pecado», aseguraba. Cuando nos contó esta historia, yo le pregunté:

—¿Y tú? ¿No echas de menos tener pareja?

Mi madre me fulminó con una mirada que siempre recordaré. ¿Cómo me atrevía a preguntar eso, sabiendo cómo había querido el abuelo a la abuela? Pero él me guiñó un ojo y dijo:

—A mí no me hace falta. Yo tengo un espejo estupendo en mi cuarto.

Se convirtió en alguien muy querido en el barrio. Más de un vecino sonreía al verlo y todos lo saludaban por su nombre.

Y cada noche, puntual a su cita con la almohada, se despedía con su «hasta mañana, si no me muero mientras duermo».

Otra manía del abuelo la descubrí una noche que fui a verlo antes de acostarme. Era la víspera de mi cumpleaños y esperaba sonsacarle algo sobre la celebración que me preparaban para el día siguiente. Al fin y al cabo, él era el que más se movía por el barrio, seguro que tenía toda la información.

Pero lo mucho que me sorprendió su rutina nocturna me hizo olvidar el propósito de mi visita. Al entrar, vi que se había vestido con un traje, una camisa blanca y una corbata rojo oscuro. Estaba muy elegante. Solo le faltaba calzarse unos zapatos que tenía frente a una silla, negros y embetunados.

—Ah, hola, Daniel. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó, mientras abría la cama.

—¿Vas a algún sitio, abuelo?

—No. Por hoy ya he paseado bastante. Ahora, a dormir.

—Entonces… ¿por qué vas con traje?

—¡Ah, esto! —Sonrió como si de repente hubiera entendido un chiste—. Es para evitaros trabajo si me muero mientras duermo. Vestir a un difunto tiene que ser una lata. Y además, así me aseguro de ir como me gusta, porque igual a tu madre le da por ponerme un jersey de esos que me regala ella.

Yo no sabía qué decir. Me quedé con la boca abierta, observando cómo entraba en la cama, estiraba bien la chaqueta y se cubría con la sábana.

—Si mañana no me despierto, solo tenéis que ponerme los zapatos y llevarme al tanatorio —añadió, guiñándome un ojo como siempre hacía.

Vi que en su mesita de noche había un sobre cerrado. Escrito a máquina, leí que decía «Abrir si Felipe Pons ha muerto».

Mi abuelo adivinó lo que yo observaba y me explicó:

—No se os ocurra abrirlo si sigo vivo, ¿eh? No pienses que son mis últimas voluntades. Esas ya figuran en mi testamento. Deja siempre testamento, Daniel —me dijo, serio—; es importante.

—Y entonces, ¿qué hay en el sobre?

—Pequeños detalles, cosillas que apunto durante el día. Pero si no me muero esta noche, por la mañana lo abriré y romperé su contenido; ya no será necesario.

No fui capaz de reaccionar a tanta rareza. Le di las buenas noches y salí.

Al día siguiente fue el primero en felicitarme, claro. En la cocina, con su café y su diario, vestido con una camisa de diario, un jersey de los que le regalaba mi madre y su sonrisa incombustible.

—Buenos días, campeón. Sigo vivo. Y a ti te veo algo mayor. ¿Cuántos cumples?

—¡Trece!

—Eso me parecía a mí. Trece, ¡caray! En nada te echarás novia, te casarás y tendrás casa propia, ya verás. ¡Felicidades! Esta noche lo celebraremos como se merece. No se cumplen trece años todos los días.

Con el abuelo en casa viví tres cumpleaños más. Y entre ellos, disfruté de muchas noches de aquellas, de contarnos el día unos a otros, dejando al

abuelo para el cierre, como el postre de la velada.

Una mañana entré en la cocina y no encontré al abuelo, pero sí a mi padre. Tenía el rostro serio, y supe enseguida lo que sucedía.

—El abuelo no se ha despertado hoy —dijo, con una sonrisa triste.

Fui a la habitación, y allí estaba mi madre, sentada al lado del abuelo, dormido en su traje elegante, aún sin zapatos —más tarde mi madre me explicaría que no quiso tocarlo hasta la llegada de los de Pompas Fúnebres—. Había llorado, pero me dedicó la cara más alegre que pudo.

—Hola, Daniel —murmuró. Y señaló con la cabeza hacia la cama—. Esta vez tenía razón al despedirse…

En las manos de mi madre vi el sobre, del que asomaba un papel plegado dos veces.

—¿Y qué dice la carta? —pregunté, a media voz.

—¿Aquí? —Mi madre rio, antes de extraer el papel y tendérmelo—. Tu abuelo era un guasón; hasta con esto me ha hecho sonreír.

Desdoblé el papel y leí lo que había escrito a mano.

«Avisar en la cafetería que no pasaré a desayunar. Mi croissant, que lo den a otro. Y a Manu, el recadero de Eugenia, recordarle que Camila necesita las sardinas antes de las doce».